

Homilía - 13 de septiembre 2020

La parábola de hoy es un terrible ejemplo de perdón. Jesús acaba de enseñar que la misericordia y el perdón deben ser ilimitados. Entonces el rey en la parábola, perdona una vez, luego no perdona. Si Dios es así, estamos en un problema terrible.

El siervo deudor no perdona en absoluto, y sus compañeros siervos tampoco perdonan en su búsqueda de lo que parece un llamado justo a la justicia. El resultado es que estalla el caos.

El primer sirviente termina siendo torturado por la eternidad, con su familia y propiedades vendidas. Creo que Mateo introdujo mal esta parábola. Debería haber escrito: "por eso el reino de los cielos no puede compararse con un rey que decidió ajustar cuentas con sus siervos".

¿Qué pasa cuando no hay perdón? ¡Escalada de violencia! Incluso el grito de justicia acaba enredado en el mal. Por lo tanto, no te guste esta parábola.

Mateo tiene razón al citar la enseñanza de Jesús de que esto es exactamente lo que sucede a menos que nos perdonemos unos a otros de

corazón. No me malinterpretes. Todavía tenemos que trabajar por la justicia, pero la justicia debe estar siempre atemperada por la misericordia y el perdón.

Sin perdón, siempre terminamos enredados con el mal. La semana pasada, reflexionamos sobre el implacable impulso de Jesús por la reconciliación. La reconciliación no puede ocurrir sin perdón.

En la parábola, en lugar de perdonar, todos llevan la cuenta. En las relaciones, esto siempre es un gran error. Si se mantiene la puntuación, el perdón nunca se da ni se recibe realmente. Todo el mundo permanece atrapado y abrumado por el pasado.

Como seres humanos, nos cuesta perdonar. Nunca olvidamos y de hecho deberíamos aprender de la experiencia. Si una persona no es digna de confianza, podemos perdonarla, pero no volveremos a confiar en ella fácilmente hasta que demuestre que es digno de confianza. El verdadero perdón fluye del corazón de Dios. La misericordia es algo que a menudo no podemos lograr. Debemos orar para que la misericordia fluya a través de nosotros desde Dios.

Jesús revela que la misma naturaleza de Dios es la misericordia. Debemos dejar que nuestros corazones se abran al corazón de Dios y dejar que el

impactante perdón de Dios entre en nosotros y fluya a través de nosotros hacia los demás. Cuando la misericordia de Dios se extiende a través de nosotros, libera al otro; les da un nuevo comienzo. También nos libera. Somos capaces de dejar ir nuestro dolor y nuestra ira.

¿Cómo se rompe el ciclo creciente de ira y violencia? Dejemos que la sorprendente misericordia de Dios fluya por nuestros corazones.